

frijoles, hortalizas, para todos en general; y la cosecha no la vendíamos, la aprovechábamos nosotros. Las mujeres trabajaban en algunas cosas para ayudar a sostener a los que estábamos. Ellas se mantenían echando tortillas, cocinando frijoles, cocinado pues. Otra semana les tocaba a otras y aquellas quedaban descansando. Otras mujeres trabajaban de lavanderas. En las noches estábamos siempre al celo, formando la vigilancia, custodiando al general Sandino, porque él estaba ahí”.

Sandino, como Emiliano Zapata y Francisco Villa, no pensaba en ser presidente, quería simplemente trabajar en paz y que los norteamericanos abandonaran el país. Gran desafío. Una vez que las tropas estadounidenses abandonan Nicaragua, confía en el

gobierno liberal de Sacasa y entrega las armas. El nuevo presidente había formado ya para entonces la Guardia Nacional con instructores estadounidenses. Su primera tarea: asesinar al líder campesino. La segunda: acabar con las cooperativas. La tercera: perseguir y matar a todos los miembros del Ejército Defensor. Bajo el mando del general Somoza, se cumplieron los primeros dos objetivos, pero no el tercero, quedó un puñado de hombres en la montaña. Son la memoria de hoy. De eso habla el tercer capítulo.

Por último el texto incluye una semblanza de cómo era Sandino y cuáles eran sus objetivos. Escribió sobre sí mismo: “Soy artesano pero mi idealismo campea en el amplio horizonte del internacionalismo. . . Mi mayor honra es

surgir del seno de los oprimidos que son el alma y nervio de la raza. . . No soy político profesional, sino un humilde artesano. Mi oficio es mecánico y con el martillo en la mano me he ganado el pan toda la vida. Y creo que el hombre que de su patria no exige ni un palmo de tierra para su sepultura, merece ser oído, y no tan solamente ser oído, sino también ser creído”.

El libro *Ahora sé que Sandino manda*, permite conocer la lucha de Nicaragua por su liberación en los años veinte, desde la voz de mineros y campesinos. Demuestra la importancia de la historia oral como una de las formas de resistencia popular, la narración de los recuerdos como mecanismo endógeno de conocimiento.

Francisco I. Madero: místico o frío estratega

Leticia Gamboa Ojeda

David G. LaFrance, *Madero y la revolución mexicana en Puebla*. Puebla, Ed. UAP, 1987, (col. Historia) 247 pp.

A las manos de muchos amantes de la historia de México, sin duda llegaría en 1987 el volumen dedicado a Madero, escrito por Enrique Krauze en su obra *Biografía del poder*. Pero sólo unos cuantos hemos tenido ocasión de leer el valioso y documentado libro de David G. LaFrance, motivo de este comentario y de la obtención del grado de doctor de su autor, por la Universidad de Indiana.

Mi alusión al conocido libro de Krauze no es gratuita, pues de él me serviré, en principio, para delimitar el carácter del de LaFrance. Conforme iba leyendo al primero me fui cerciorando de que la visión de su autor sobre Madero, anunciada en el título con el calificativo de “Místico de la libertad” y que a mí me pareciera un mero recurso literario, dominaba por completo en el texto.

Casi al final me decía que sólo faltaba santificar a Madero para no dejar hilo suelto en esa visión. . . y en la última página encontré que Krauze lo pretende por boca de

otros: San Marcos y San Mateo en los Evangelios, y Antonio Caso que llamara al personaje “San Francisco Madero”.

La lectura del libro de LaFrance brinda una visión diametralmente opuesta. Palabras como “místico”, “redentor”, “espírita”, “amor”, “fe”, “caridad”, “apóstol”, “pálpito”, “calvario”, “fervoroso”, “alma”, “inmortalidad” y hasta “medium” de las que Krauze se vale convencido, están del todo ausentes en la obra de LaFrance. En ella se califica a Madero, por el contrario, de “astuto estratega político” para llegar al poder, aunque no para

mantenerlo; y si también se le califica de "persuasivo", "excéntrico" e "idealista", el tono es de reproche y no de exaltación.

Se trata, pues, de dos visiones de Madero totalmente distintas pero válidas. Una es la del Madero *íntimo, subjetivo, que piensa*; la otra es la del Madero *público, objetivo, que actúa*. La primera tiende incluso a ser, más que una biografía como las que conocemos, una curiosa *autobiografía*; "curiosa" porque a fin de cuentas se ha escrito sin el concurso del personaje aun cuando se utilicen sus textos en ciertos pasajes. LaFrance no se encamina por el género biográfico ni por la historia de Madero, sino por la *historia del maderismo en Puebla*. Sin embargo, los dos autores coinciden en algunas apreciaciones, como el deseo o los esfuerzos de Madero para suscitar un cambio pacífico y no violento, o su incapacidad política para sostenerse, y con él su movimiento, en el poder.

La obra de LaFrance se apoya en más de una veintena de archivos, en su mayor parte públicos. Son archivos pertenecientes a diversas instituciones de México, los EEUU e Inglaterra. El texto se divide en 7 capítulos que abarcan desde los prolegómenos de la revolución maderista en Puebla (mediados de 1909), hasta el colapso del movimiento con la imposición del gobernador huertista Joaquín Maas (mediados de 1913). Es un corto pero particularmente intenso periodo de la vida nacional y local, donde en cuestión de meses y aun de días, las situaciones concretas viraban con giros de ciento ochenta grados.

La división del maderismo en Puebla es un tema constante en el libro de LaFrance. El autor demuestra, en efecto, que el mo-

vimiento maderista nunca fue homogéneo en Puebla; en tales circunstancias no existía un maderismo sino muchos, propiamente hablando. Casi desde sus orígenes el movimiento estaba ya dividido; primero en dos corrientes claramente perfiladas y luego en una diversidad de grupos difícil de precisar. Estas corrientes gastaron sus energías al enfrentarse entre sí, en una amarga y eterna lucha que les impidió emprender reformas significativas y planificar su futuro. La mayor debilidad del maderismo en Puebla —dice LaFrance— fue su permanente fraccionamiento.

Aquiles Serdán dirigió a la corriente radical del movimiento. Activo, resuelto, intransigente y casi dictatorial —en palabras del autor—, Serdán y sus partidarios se proponían cambiar la estructura socio-económica del estado y del país; si era preciso, como siempre lo creyeron, hasta con la lucha armada. Por su parte, los moderados aspiraban solamente a un cambio de la estructura política sin el uso de la violencia. Tanto en una como en la otra, los objetivos perseguidos tenían en mucho que ver con las diferentes extracciones de clase de sus componentes. Guardadas de principio a fin, estas posturas impidieron la unidad del movimiento, y si en algún fugaz momento ésta se produjo, no fue porque las posiciones cambiaran sino por otras causas, como la represión gubernamental indiscriminada, las visitas de Madero a Puebla (donde había necesidad de "guardar las formas"), o debido a "los ingenios llamados a la reconciliación" que el líder máximo hiciera a sus seguidores poblanos.

La transformación del movimiento pacífico en armado se precipita en Puebla por tres fenóme-

nos: la farsa de las elecciones presidenciales de 1910, el arresto de Madero y la brutal represión que el gobierno local ejerce contra sus seguidores. Pero fieles a sus posturas, los moderados se esconden mientras los radicales participan; su plan era tomar la ciudad, liberar a los prisioneros maderistas, nombrar un consejo de gobierno y marchar a la capital del país. Los serdanistas exhibían con ello —apunta LaFrance— su experiencia como estrategias militares, pues sus fuerzas no podían compararse con las de las tropas federales y estatales grandemente concentradas en la ciudad, donde muchos de sus habitantes eran, además, hostiles a la revolución. Cuando ésta estalla, fracasa y muere Serdán, quedando descabezada su corriente.

Este fracaso condujo a un cambio de escenario. La lucha armada de los radicales deja la ciudad y se va al campo, ahí donde la neutralidad de sus moradores, las posibilidades de escondite y la menor presencia de tropas permiten "la supervivencia de una guerra de guerrillas en pequeña escala". Desde el campo los rebeldes logran numerosos éxitos, que aunados a los del movimiento entre otros estados del país, provocan la renuncia de Porfirio Díaz. Pero también en el campo los revolucionarios radicales se dividen en varios grupos, acaudillados en su mayoría por líderes o caciques regionales. Estos grupos comienzan desde entonces a actuar de manera independiente, tanto porque estaban geográficamente dispersos como porque fueron creando o respondiendo a intereses propios, de carácter más local.

La falta de coordinación de los grupos radicales y el hecho de que entre sus éxitos nunca se contara la toma de la ciudad de Puebla,

serían dos de los elementos decisivos en su permanente marginación del poder. Así, los espacios del aparato local de gobierno, con excepción de la cámara de diputados donde siempre dominaron los adictos del ex-gobernador porfirista Mucio P. Martínez, fueron ocupados por los elementos conservadores del maderismo, pese a que no fueran ellos quienes llevaran al triunfo a la revolución. En esta situación, el tercer elemento decisivo fue el apoyo explícito y reiterado que Madero otorgó en favor de los moderados para ejercer el gobierno de Puebla. Esta actitud "lo separó gravemente de sus numerosos seguidores radicales", en los que se había apoyado, mientras los ahora agraciados se escondían o se quedaban inmovilizados por sus titubeos.

A cada elección la zanja entre moderados y radicales se hacía más grande; la unificación de los maderistas era imposible. Con la aprobación de Madero sus seguidores "oficialistas" manipulaban las elecciones para favorecer a los elegidos del Presidente e incluso para entrar en tratos con la oposición católica; "antes que con el ala izquierda de su movimiento", Madero prefería tratar, así, con los viejos porfiristas.

Por otra parte, aunque Madero daba la impresión de desear sinceramente mejorar la condición de los poblanos, sus proyectos "eran pobres en definición, sólo moderadamente reformistas y claramente diseñados para que resultaran lo más inocuo posible a los sectores privilegiados". Sus leves reformas a nadie dejaron contento en Puebla, recibiendo ataques desde todos los flancos.

La creciente desconfianza de los radicales hacia él, su desagrado hacia los personajes situados en el gobierno, y su pocasatisfacción por las tibias medidas adoptadas, causaron una brecha aún mayor en el movimiento. Se convirtió en un abismo cuando los grupos radicales fueron desconsideradamente reprimidos, cuando las tropas que formaban intentaron ser licenciadas con la anuencia de Madero y cuando, en cambio, las tropas federales y estatales plagadas de martinistas-porfiristas no fueron tocadas y sí utilizadas para encarcelar, matar, perseguir y hacer huir a los radicales. A los ojos de éstos Madero y sus favoritos poblanos habían abandonado la causa y pasado a posiciones anti-revolucionarias.

Los problemas de bandidismo, disputas electorales, crisis financieras, invasiones de tierras, huelgas, violencia armada e intervención extranjera (que en dos casos tuvieron como motivos hechos ocurridos en Puebla), no fueron adecuadamente resueltos por Madero ni por sus hombres en el gobierno poblano. Cuando el Presidente cae víctima de Huerta, su movimiento en Puebla estaba del todo quebrado, siendo incapaz de brindarle por ello un apoyo efectivo. La muerte de Madero —dice LaFrance— sólo pudieron vengarla sus seguidores radicales cuando se unieron a movimientos más fuertes, como los del constitucionalismo y zapatismo, aunque en la fusión perdieron su propia identidad como maderistas.

Como se ve, el Madero de este libro es muy diferente al Madero que nos muestra Krauze. Más diferente aún resulta al conside-

rar una apreciación de LaFrance, contenida en uno de sus ensayos ("Madero y el maderismo en Puebla". *Puebla de la colonia a la revolución*. Puebla, CIHS-ICUAP, 1987, p. 354).

Ciertamente Madero enfrentaba muchos enemigos y problemas de ineptitud pero dudo que haya sido un demócrata sincero. Su apoyo al Club Central, el nombramiento y apoyo a Cañete y del Pozo, la imposición de Meléndez y Carrasco, el encarcelamiento de líderes rebeldes, su interferencia en elecciones, su falta de compromiso para implementar reformas significativas y su distorsión en el rumbo de la historia de su propio movimiento en Puebla indican una falta de sinceridad democrática y aun un cinismo malévol.

No siendo especialista en Madero, cuán difícil es opinar. Por ello me limito o no obstante me atrevo a decir que a Madero tendría que vérselo con menos severidad. Desde luego, no me parece ni un místico de la libertad, ni un apóstol de la democracia ni un santo, sino un hombre a cuyas fuerzas se antepusieron sus debilidades, inmerso en situaciones que enfrentó con tino y con desacierto. Un hombre como muchos pero con la enorme diferencia de hallarse colocado en una posición de la que dependía no sólo su propia historia, sino hasta cierto punto la de una revolución, la de millares de gentes y la del México contemporáneo.



58.— El Turista, acompañando á los marinos, se queda en Orizaba, donde mira al pueblo trabajador, entregado al trabajo, en la lotería de cartones y en la cantina.